ANTOLOGIA DE AGUSTIN DE FOXA

I.—*VERSO*

1

GULLIVER

En el mar de Liliput
pequeños barcos de guerra.
Y Gulliver se remanga
sus pantalones de seda,
su levitín colorado
y peluca dieciochesca.
.....
Con alfileres de espadas
y cañones que no queman,
levanta un barco en el aire
(tenues pañuelos las velas,
a su estornudo). Marinos
por el sombrero le trepan.
Montes como sus tacones.
Las campanitas de iglesia
recoge en ramos minúsculos.
Devora sopas inmensas
con tropezones de gallos
que flotan y cacarean.
Suben, por rampa, a su plato
largos rebaños de ovejas.
Los cisnes de Liliput
dan gelatina a su mesa
En sus huellas dactilares
las tres hijas de la reina
jugaron al laberinto...
¡y se perdió la pequeña!

2

EL COCHE DE CABALLOS

Un coche de caballos, lento hacia el horizonte;
landó viejo y violeta, de caballos canela,
y en él, mi niñez triste, mirando las acacias
y los escaparates de antiguas primaveras.

Brisa en sus ventanillas, y entierros bajo lluvia;
en mis manos de niño, alguna vez, las riendas
dando a las frentes toscas de los pobres caballos
las nociones, difíciles, de derecha e izquierda.

Yo os evoco, paseos de la "Casa de Campo".
Penumbras de eucaliptus, y el auto de la Reina
del radiador dorado, cruzando silencioso;
sus neumáticos blancos, dorados de hojas secas.

El Rey siempre de luto; lacayos; las Infantas,
en fondos de Velázquez, con un mirar de inglesas;
y aquella concha rosa, con venas de arco iris,
donde bebía el agua después de la merienda.

En la "Casa de Vacas", cubos llenos de espuma.
Al fondo, la casilla blanca de la guardesa,
con patos y con cabras, y un vendaval de expresos
verdes de madrugada, en sus enredaderas.

Mis hermanos ponían soldaditos de plomo
en las vías heladas, alfileres, monedas,
y el tren los laminaba, corriendo hacia unas olas
que mi niñez del Duero imaginaba quietas.

Lagartija en el yeso de las tapias, y cardos.
En el Tiro sonaban lejanas escopetas
de Marqueses, y a veces un pichón moribundo,
macizo por los plomos, volaba con torpeza.

Desde el coche veían, peonando, a los faisanes,
con la sangre enjoyada por cacerías regias,
y allá en las "Garabitas", entre tomillos tenues,
el sol de los insectos rosaba el agua fresca.

Mi padre me contaba la historia de Don Alvaro
o el drama de Cyrano, cuando ibamos de vuelta
hacia un Madrid caliente de acacias y faroles,
Cuesta de San Vicente, jardín con centinelas.

En la Plaza de Oriente, fuego en los miradores,
niños, en cochecitos de burros, con banderas,

y el golfo que encendía al coche los faroles,
y al fondo el Real, guardando sus palcos en la niebla.

¡Oh coche de caballos de mis primeros años!,
cuando aún no conocía ni el mar ni la belleza,
que aún cruzas mi nostalgia, trotando eternamente
con un olor de parque dormido entre tus ruedas.

¿Dónde estarán tus hierros? ¿En qué plaza de toros
o en qué noria, murieron tus caballos canela?
¿Y dónde está aquel niño de comunión y de aro
que hoy, en mi sangre de hombre, como un fantasma juega?

3

LO INUTIL

Esos gestos inútiles,
esas voces inútiles;
la del que vende juguetes que nadie compra,
la del que exhibe corbatas que producen risa.
Esa mano abierta en la lluvia;
la gorra en los dedos del campesino, en el salón;
esos gestos de nada;
esa voz de "Doctor, sálvela";
las palabras humildes,
la mirada suplicante ante lo inevitable;
esas botas del niño que no abrigan contra la nieve.
El tísico, en el banco, que se tapa el pecho
con un periódico, como esa lluvia sobre el río,
como la manta sobre el muerto
o aquel orillar del ahogado.
Todo lo sin motivo,
lo triste, lo pueril, lo ineficaz,
como este verso mío que no leerá nadie,
como el golpe de sol en los ojos del ciego.

4

UN NIÑO PROVINCIANO

Un niño provinciano, de familia modesta
(aulas del Instituto, charlas del profesor).
Los jueves un mal cine y los días de fiesta
Banda del Regimiento en la Plaza Mayor.

Un preludio de novia en las tardes
y en la casa de enfrente, mirador de cristal.
Mientras, ríen las gárgolas y relucen las losas
y las viejas marchitas van a la Catedral.

Album de terciopelo azul; fotografías
del abuelo o la abuela, sobre un turbio telón
de Venecias o lagos, mientras hablan las tías
del manto de la Virgen para la procesión.

Paseos familiares por la muralla nueva.
Gris la ciudad y el campo, donde labrando están.
Gris el tren que en la lluvia su corazón se lleva,
y grises los consejos que da el señor Deán.

Adolescencia casta; en el cine han cortado
en todas las películas las escenas de amor.
Anocheceres largos y se duerme arropado
en bronce de campanas y ruidos de reloj.

Y, sin embargo, tiene un alma de poeta
hambrienta de horizontes y de islas de cristal.
Las acacias marchitas de la plazuela quieta
cuando el sol que declina dora a la Catedral.

Le han visto sobre el bello atlas de geografía
su dedo azul de mares mil rutas recorrer.
Por los mapas extraños, capitán-fantasía
Robinson de esa nube rosa de atardecer.

Yo sé tu sueño estéril; después de algunos años
te vencerá el gris triste de esta vieja ciudad.
Y morirás sin sueños, envuelto en desengaños,
y dejarás un hijo, un hijo que será...

Un niño provinciano, de familia modesta,
aulas del Instituto, charlas del profesor.
Los jueves un mal cine y los días de fiesta
Banda del Regimiento en la Plaza Mayor.

5

OFRENDA AL TEMPLO DE LA FORTUNA VIRIL

Templo de la fortuna viril: ¡Oh qué simientes
de plátanos altísimos sombreando tus columnas;
qué vigorosos toros, como las togas blancos,
con un cerviz de rosas, dieron su sangre al fuego
y sus frescas entrañas al augurio dichoso!
¡Oh templo de la fuerza, que dabas a los hombres
el seno de la Virgen y el triunfo de las cuádrigas!
La espada victoriosa, los votos de la plebe.
Deja que a tu recinto, donde la Cruz cristiana
derrumbara al Apolo de torso adolescente,
traiga mi ofrenda hispana, mi áspera primavera,
los toros españoles del múltiple holocausto,
el genio de esta indómita celtiberia cerrada,
tan varonil y entera, tan fuerte y sin fortuna,
para que sus sangrientas hecatombes ablanden
al dios de ojos terribles y rápida saeta.

6

EL CENTAURO JOVEN

Joven centauro, en tibia primavera
fresco animal y adolescente sabio,
con problemas de Euclides en tu labio
y tus cascos de potro en la pradera.

Tú galopas el trébol con rocío,
torso desnudo y grupa musculada,
y aguardas, en la tarde, a la yeguada,
cuando atraviesa, con espuma, el río.

¡Oh quién tuviera, como tú, cintura
donde la rosa carne adolescente
se injerta con el áspero caballo!

¡Tener libres los ojos en la altura,
tranquilo el corazón, limpia la frente,
y abajo el animal, triste vasallo!

7

EL CENTAURO VIEJO

Sin flauta ni carcaj, sobre la espalda
marcha el centauro, con heladas venas,
por el olivo y el panal de Atenas,
mustia sobre su frene la guirnalda.

Y aún, en el lomo, lleva a aquel Cupido
que hace cien años le ofrendara rosas,
y ahora hiere sus carnes dolorosas
y le arranca el cabello encanecido.

¡Centauro sin amor; viejo pagano,
que cifraste tu gloria en ser potente
y hoy, junto al mar, relinchas lastimero!

Centauro que quisiera ser cristiano.
bautizado por Pablo en un torrente,
con un alma inmortal de caballero.

8

GANIVET

Con su titubeo en la brújula
venían los veleros del Sur.
Traían la naranja dorada
y el racimo verde y azul.

Se llevaban el pino del Norte
y la piel del zorro de plata.
(Una novia finlandesa en Carelia.
Otra sueca en las Islas Aland.)

El capitán visitaba al cónsul.
Conmentaban el "Kalevala",
bebiendo una ginebra inglesa,
un snaps de alcohol de patata.

Recordaron a las chicas de Estonia,
que besan al tomar el café.
Al hablar de su puerto entre hielos,
estremeciéndose Ganivet.

Presentía su suicidio en el Báltico,
tan lejos de su ardiente mar.
Salieron; en el cielo llameaba,
fría, la aurora boreal.

La nieve oxidaba el escudo.
"Consulado de España. Helsingfors",
y pasaban los estudiantes soñando
con matar al gobernador.

En trineo, el gobernador ruso,
con su cara mongólica y chata,
patina hacia la iglesia ortodoxa
a adorar los iconos de plata.

La muchacha finlandesa solloza
Ahora llega el invierno boreal.
Sabe que hasta que venga el deshielo
los veleros no tornarán.

Finlandia tiene sesenta mil lagos.
El reno, al Norte; el alce, al centro;
el lapón como salmón ahumado.
En otoño, en el Sur, hay cangrejos.

En el puerto se venden los hongos
aún con niebla y rocío del bosque,

junto a la fuente de la estatua desnuda,
con sus cuatro focas de bronce.

Sal de Torrevieja descargan los barcos.
¡Sólo da sal nuestro mar azul...!
El capitán se despide del cónsul.
Los veleros se vuelven al Sur.

9

AMERICA, SOLA

Girabas con la Tierra y te ignorábamos...
Como una mariposa
sola, en medio del mar con las dos alas,
puntas de nieve, en los opuestos Polos.

Sólo la Luna,
que amanecía, rosa, entre tus Andes,
pudo dar la noticia,
contarnos el secreto...
Pero calló, en su nácar transparente.

También el mar sabía...
¿Pero acaso
no lo decía en altos pleamares?
¿No lo contaba
con un vocabulario de tormentas,
con un verbo de rocas?
¡Y no le comprendíamos...!

Y tú estabas,
con tus inmensas pampas,
nostálgicas de crines y herraduras...
sin inventar la rueda, en tus caminos.

Y tú estabas,
cuando el cerúleo Júpiter
y la rosada Venus
auxiliaban a Troya.
Con tu maíz —desnuda— entre dos mares.

Platón te presentía desde Atenas;
desde Córdoba, Séneca.
¿También lloró Jesús por tus pecados
de Ultramar, en el Huerto,
cuando la Cruz del Sur, sin Jesucristo,
era un signo, en diamante, incomprensible?

10

GALOPE

Es un cielo de tierra, entre el alambre,
pájaros por el suelo; verde Pampa
vallada por la luz del horizonte,
metiendo azul y ocaso entre las patas
de las siluetas lentas de los toros.
¡Oh pastos de rocío y madrugada!
Aquí se ve la curva de la tierra,
las desnudeces de la luna, intactas,
el sol sin rama como está en el cielo
y un iris de matices en el malva.
Aquí el "hornero" huérfano del árbol
con la arcilla de Adán, forma su casa,
y el "tero" avisador, grita sin nido.
Tejados de uralita de la Estancia.
Las Tres Marías sobre el eucaliptus,
la Cruz del Sur, brillando ya inclinada
y el Molino que vivo se deshoja
con un agua salobre como lágrimas.
Cercano el esqueleto del caballo,
comido por las liebres; de una vaca
el cráneo roto encima de las flores,
que transformó rumiando en blanca nata.
Y he gozado los días primitivos
cuando con riendas nuevas y enlazadas
en mis fraternas manos españolas
—cargadas de rocío— galopaba...
con un alegre despeinar de crines
por los primeros cortes de la alfalfa.

II

DOCE DE OCTUBRE EN LAS ANTILLAS

Con un palo y un trapo, realizando proezas
y mirando de noche a la estrella polar,
por aquí entraba España desplumando cabezas,
bautizando con nácar en la orilla del mar.
Fue un hermoso negocio: por un loro una espada,
y por oro, abalorios que brillaban al sol,
y huyó la india desnuda por la selva, asustada,
con su rostro en el agua de un espejo español.
Dieron nombre a las cosas, como el Día Primero,
cuando Dios dijo rosa, y mujer, y marfil;
todo el Año Cristiano bautizó al derrotero,
cada Virgen de España tuvo su isla de añil.
Vieron playas doradas de aceitosas palmeras,
con hamacas azules y la fruta carmín,
y las ollas hirviendo sobre rojas hogueras
con los cráneos mordidos del sangriento festín.
Navegar al acaso de española aventura,
con la brújula loca, pero fija la Fe,
cada golpe de viento, una Patria futura,
y un idioma la playa donde ponen el pie.
El soneto en la selva y entre serpientes, Cristo,
tendrá un "Octavo Día" desde hoy la Creación,
pues navegó la Historia por un mar imprevisto,
y al azar de tres velas van Fray Luis y Platón.
Verán al cocotero con su loro irisado,
y a la choza caníbal que adornaba un reptil,
y dirá el Almirante que aquel clima templado
le recuerda a Sevilla entre mayo y abril.

I

Argentina

EL MEGATERIO Y CARLOS III

Es muy del siglo XVIII, muy de empelucados abates o botánicos, este museo de la ciudad de La Plata. Se sube por una escalinata laica, de asamblea o parlamento, con dos enormes "esmilodontes" o tigres de "dientes de sable" en bronce dorado, echados a la entrada. Y en hornacinas, los bustos de los santos padres de la religión de la Ciencia: Azara, Darwin, Humboldt...

Ambiente de "Las tardes de la Granja", cuando el viejo Palemón narraba bajo el emparrado sus historias morales; y también de la "Veladas de la Quinta", en que se hablaba de los "oasis", del pararrayos de Franklin o del terremoto de Lisboa.

Era el siglo en que a las amadas, en sus columpios, con los rosados y juveniles escotes de Fragonard, se las enviaba como regalo una colección de mariposas o de insectos raros del Brasil.

Aquí hay también la historia del "Megaterio", cuyos enormes huesos aparecieron, a dos horas de La Plata, en el lecho del cercano "Río Salado".

Los obreros de entonces todavía creían que se trataba de huesos de hombres-gigantes o bien reliquias del inmenso San Cristóbal.

Pero ya el Virrey, con su casaca de color tabaco con espigas bordadas, era, sin duda, lector de la Enciclopedia y amigo de Floridablanca o de Diderot y estaba iniciado en la Historia Natural y en la física recreativa.

Estos empolvados sabihondos se entusiasmaron, sin duda, con el hallazgo y enviaron los negros huesos al Museo de Madrid, donde están ahora, armados, en los altos del antiguo hipódromo, frente a los nuevos ministerios. Aquí se conserva la réplica en pasta del esqueleto; y cuentan que el Rey Carlos III —que ya usaba en su dedo el camafeo sacado de las excavaciones de Pompeya— mandó, al recibirlo, que se organizara una partida de caza por los fríos bosques del Neuquén, a fin de conseguir un megaterio vivo. Pretensión que produjo las respetuosas sonrisas de los iniciados.

El animal era una especie de oso gigantesco, de tamaño superior a un elefante, de pelo gris y pacífico comedor de hojas. Sus descendientes,

degenerados, son los perezosos que todavía hemos visto colgando en Venezuela de los árboles tropicales.

Esta historia del "megaterio" y Carlos III tiene más malicia de lo que parece a primera vista. El "megaterio" no estuvo en el Arca.

Describiendo huesos y reptiles con alas, se pretendía atacar a la Biblia. Y de rechazo a la Monarquía y a todo lo que de intuitivo, simbólico y espiritual quedaba de la Edad Media.

Hablando de "megaterios", y herborizando en Neully con su casaca de "Nankin", Robespierre hizo caer la cabeza de Luis XVI.

Y pocos años después de la llegada a Madrid del megaterio era destronado el obeso hijo de Carlos III.

El director, Macdonough, nos va mostrando las fabulosas osamentas; los costillares, que merecían haber sido montados en un astillero; los fémures, como telescopios. Y, colgando del techo, un pulpo gigantesco, como una lámpara de catedral.

Este Museo de La Plata, uno de los mejores del mundo, fósiles del Terciario, hubiera sido el sueño de Buffon, la alegría de Jovellanos y del padre Feijoo, y merecía una fría décima de Moratín.

Ved los grandes mamíferos del período pampeano, que fue la "Edad de Oro" de la fauna de La Pampa.

"Los mastodontes —nos explican— entraron por el Estrecho de Behring, con sus enormes defensas, con la raíz abierta. Llegaron al Plata bajando del Altiplano de Bolivia."

En los inmensos y altos herbazales convivían, hace unos doce mil años, los "tosodontes", la gran llama o "macraauchenia", los "megaterios" de pelaje ceniza, los lentos "milodontes" con huesos dérmicos, cuya carne momificada y su estiércol se conservan en una vitrina; los misteriosos perros aborígenes y los carniceros "esmilodontes", de dientes como ensangrentados sables, al acecho, en el crepúsculo, en los grandes abrevaderos o quietas lagunas.

El hombre antiguo de La Pampa cazó a los monstruosos "glitodontes", que eran como fabulosas tortugas o galápagos terrestres, animales exclusivamente americanos, hechos gigantes en Patagonia, y cuyas corazas, no articuladas, semejantes a mosaicos o puzles de huesecillos, sirvieron de techos a sus chozas primitivas. Volcándose y arrimándolos al fuego, los hombres metían sus brazos en aquellas soperas de sangre.

Al pasar el umbral de esta sala retrocedemos en el tiempo hasta ciento veinte millones de años.

Son los grandes "saurios" que horrorizaron a la Tierra. Porque cuando se movía un rebaño de "iguanodontes", erguidos sobre sus tremendas patas, debería parecer que una ciudad se trasladaba de lugar.

Nos muestran los huesos marinos del "ictiosaurio", de más de diez metros de longitud, mojado por la espuma lejanísima de los mares jurásicos.

Son como tambores las vértebras del "plesiosaurio". Y aquí la mandíbula de dragón del "titanosaurio". Y el "diplodocus", de veinticinco metros, enfragado en las lagunas calientes, cuya cola fue el más poderoso látigo que azotó jamás a la tierra.

Y el "húmero" de un "argirosaurio". Y como el tronco de un cedro centenario, el fémur del "antartosaurio", de más de cuarenta metros, que era como un tren de verdosa carne, por el espanto helado del Sur.

¡Terribles reptiles levantados bajo los helechos y sobre la arena roja del Terciario!

Pero lo más impresionante es esta huella. Los cinco dedos de un reptil gigante han quedado impresos sobre una greda fósil Parece que el animal, que la enorme bestia, acaba de pasar. Que hace unos segundos —y son millones de años— que levantó su tremenda pata fría, dejando este rastro.

"Es el mundo después del pecado", comenta mi inteligente compañero Antonio Poch, que me acompaña. Y pienso que únicamente un español es capaz de sacar consecuencias teológicas de una visita a los fósiles.

En la sala de arriba está la colección de insectos. Seiscientos mil ejemplares. Los mismos monstruos, pero a otra escala. A la de Gulliver, por ejemplo.

Deliciosa evocación de una tarde del XVIII. Porque después vamos al observatorio para contemplar al nuevo "Cometa". Astros y fósiles. La Naturaleza, con N mayúscula. Animales moralizadores, como la hormiga de La Fontaine, como la ardilla o la mona de Samaniego o Iriarte; el triángulo en vez de la Cruz. Y en la atmósfera —no en el cielo—, el botánico Dios de Juan Jacobo y de su Vicario saboyardo.

Las jóvenes duquesas de entonces, según cuenta Paul Hazard, iban en sus carrozas a la calle del "Mouton" para que el abate Nollet las electrizase. Y el señor Lagny muere diciéndole a Mme. Maupertius cuál es el cuadrado del número doce. ¡Maravilloso Kempis y oración de la agonía para un racionalista del siglo!

Los obreros del virreinato de La Plata embalarían entre serrín, en una tarde rosa como ésta, los huesos del primer megaterio que iba a Europa, consignado al Rey Carlos III.

Era el triunfo de los filósofos y de las "luces" sobre la superstición medieval. Era una reliquia científica para los francmasones; y ¡cómo se comentarían en las chocolatadas fabulistas del Conde de Aranda o

en las tertulias "ilustradas" de Floridablanca! El Rey inauguraba jardines botánicos y observatorios. Y expulsaba a los jesuítas.

Pero tenía mucho intríngulis esto del "megaterio".

El caso es que unos pocos años después de su llegada a Madrid, los hijos, nietos, bisnietos y tataranietos del Rey, o volvieron del destierro o fueron desterrados.

II

Bolivia

EL REBAÑO DE LLAMAS EN EL AERODROMO

"Cuando en el río Xauxa —afirma el conquistador Acosta— vieron los indios formar los arcos de imbria y, después de hecha la puente, vieron derribar las cimbrias, echaron a huir, entendiendo que se habría de caer luego toda la puente, que es de cantería. Como la vieron quedar firme y a los españoles andar por encima, dixo el cacique a sus compañeros: Razón es servir a éstos, que bien parecen hixos del Sol."

Porque toda la América precolombina, desde Alaska a Patagonia, desconoció la bóveda y la rueda.

En las lejanas noches de su abandono, sola entre el Atlántico y el Pacífico, vieron sus hombres rodar a los osos por las laderas, y a los guanacos heridos despeñarse y el gran tronco del árbol que, girando hasta el río, con cientos de ruedas posibles, les enseñaba, en vano, el gran invento.

Pero estaba decretado que lo ignorasen. Como cuatro mil años de delicada pintura egipcia no llegarían al ojo de perfil, como el desconocimiento de los vasos comunicantes llenó al mundo romano de acueductos, ¡y cuántos millones de manzanas cayeron maduras en los huertos de Europa, sin que, levantándose a los astros, se descubriera la ley de la gravitación!

A América le faltó el Newton azteca o peruano que, al ver rodar a un árbol, inventase el carruaje.

Cierto es que también estaban desposeídos del caballo.

La llama, que era su único cuadrúpedo doméstico, no tiene fuerza para el tiro. Es un animal muy misterioso. La leyenda afirma que se trata de una princesa inca encantada. Y tiene ojos grandes, húmedos y dulces de mujer. Y su amor nefando produjo enfermedades abrasadoras que no se anuncian en la Biblia como castigo a los impuros.

Sus glóbulos rojos, y esto es extraordinario, no son redondos, sino elípticos. Y he leído en un estudio de un naturalista en Arequipa que

si se coloca un cordón a la altura de su cuello, se detiene, "porque no se le ocurre retroceder un poco y bajar la cabeza para evitar el obstáculo". Acaso imagina un mágico muro de cristal.

Enfermo, por la "Puna" del altiplano, el Conde de Keyserling encuentra un rebaño "que recorría la comarca vendiendo su estiércol a los hombres ateridos, y vi la llama conductora, un corpulento animal que llevaba suspendida al cuello una cajita para el dinero, y cobraba y custodiaba el importe de la venta".

Desafiante, erguido el cuello y apuntados los labios para escupir, evocó en mí la visión de la "Madre Primera del Universo".

Y corroborando este sentido maternal, adivinado por el conde báltico, los indios del Cuzco aseguran que la llama que no tiene cría en el año muere irremisiblemente.

Yo he visto —en mi viaje al Alto Perú— a los cuzcanos en sus irisados ponchos rojos, con su gorro como una cresta de gallo con orejas, y a las mujeres con su sombrero del XVIII, como una seta invertida y un borde de galón de oro y sus cinco faldas de colores, acudir por el alegre valle del Vilcanota, entre azules lejanías andinas, a Pisac, para asistir a la Misa de los Alcaldes indios.

Y entre ellos, con voluptuoso andar, iban las llamas femeninas con pendientes en las orejas agujereadas, adornadas con cintas rosas. No se atrevían a gritarlas "¡arre!", como a nuestros pacientes rucios. Se limitaban a susurrarlas en el oído dulces y misteriosas palabras "quechuas", el milenario idioma de los incas que ellas conocen.

Las había blancas y salpicadas de manchas canela y negra, como las sacrificadas en Kenko, cuya sangre, al bifurcarse por las rocas, servía para las profecías agrícolas. E iban cargadas con pequeños sacos sobre sus lanudos lomos. Porque no soportan más de cuarenta y seis kilos, y si se les añade unos más, se resienten con precisión de balanza, se tiran al suelo y ya no se mueven. Y es inútil azuzarlas; ni las conmueve la imprecación ni las agita la súplica. Patalean, gritan y sollozan como una mujer, escupen a la cara y mueren de rabia, sin levantarse del sitio.

Posiblemente, este mimo de la llama hizo inútil la gran lección del árbol rodante; como, por el contrario, en Asia y en Europa, la espléndida fuerza muscular del caballo suscitó la rueda.

Por esto, los incas, tan semejantes en algunos aspectos a los egipcios, desconocieron el carro de guerra con emplumados corceles de los Faraones, y recorrieron todo el extenso Tahuantisuyo, las Cuatro Partes del Mundo (que es el nombre inca del Perú), en andas de oro, llevadas a hombros por sus nobles "orejones" de telas ajedrezadas.

Nada me ha impresionado en mi viaje como las escondidas "Chul-

pas" en el borde desolado del alto Titicaca. Se trata de monumentos funerarios, como las Torres del Silencio, en cuyo interior las momias, en cuclillas, sentadas en círculo, se contemplan en una macabra tertulia. Tienen algo de castillo europeo, y en su coronamiento las piedras bien labradas se aproximan. Unas cuantas más, y la clave en su centro, y ya estaba descubierta la bóveda, cambiando toda la arquitectura americana. Pero no llegaron.

La ignorancia del arco les obligó a tender puentes colgantes, de bejuco, a inmensas alturas, sobre la espuma bramadora de los torrentes, como aquel cimbreante con el viento, roto en 1714, que inspiró a Thornton Wilder su fatalista "Puente de San Luis Rey".

Como no tuvieron la preocupación de los carros, los ingenieros incas no buscaron para sus caminos el curso de los grandes ríos, las llanuras y valles, ni contornearon trabajosamente las montañas. Libremente se lanzaron a las alturas.

Sus grandes vías, la que va de Cuzco a Quito, la que penetra en Chile, como senderos de hormigas, todavía serpentean, a trozos, por las azules cresterías nevadas de los Andes. Por esas alturas debieron hacerse los más bellos viajes de la tierra. Y, sin embargo, por esos caminos, los "chasquis" o indios corredores (que se relevaban cada tres kilómetros en Tambos, donde les daban reposo y alimentos, mientras otro partía veloz con el mensaje) lograron llevar fresco el pescado del Pacífico al lejanísimo Palacio del Inca en el Cuzco.

América (sin lentos siglos de carros babilónicos, de corceles del Partenón) pasa casi de las andas y la llama a la diligencia y el ferrocarril.

Hay pocas carrozas en América; escasas galeras de viaje o aceleradas. No abundan los mesones para la posta.

Pero la rueda resuelve bien poca cosa; los viajes siguen siendo interminables, porque en América rige otra dimensión. Figuraos que un chileno que quiere ir del Norte de su país hasta el Sur, recorre una distancia aproximada como la que media entre Escocia y Teherán, capital de la Persia.

Aquí se hacen "fines de semana", como de Madrid a Moscú; veraneos, cual si la gente de Cádiz fuera a bañarse al Báltico.

No es necesario acudir a las penalidades de los viajeros clásicos: Humboldt, Spruce, Darwin; a las peripecias y dificultades de Hadfield, por el Plata y el Paraguay; de Schmidt, de M. Briard por el Brasil de D. Pedro II; de la bella y delicada Flora Tristán (fundadora, antes que Marx, de la Unión Obrera), atravesando a caballo el desierto, entre Arequipa y Mocendo, y empleando meses para arribar a Lima...

Basta recordar lo que eran los viajes por la inmensa América hasta hace unos pocos años. Hasta la generalización del avión. Porque América, incorporada al mundo al principio de la Edad Moderna, necesitaba su vehículo, y lo ha encontrado.

El avión, concretándola, disminuye sus gigantescas proporciones asiáticas para darle una civilizada dimensión europea.

Pronto desaparecerá de ella la rueda, como antes del Descubrimiento.

Hace unos meses veía en el aeródromo de La Paz a un rebaño de llamas que pastaban entre los grandes trimotores. Una vez más se cerraba el ciclo.

El continente sin ruedas se lanza volador hacia las nubes; como los caminos del inca entre la nieve rosada, como los indios del Ecuador, que todavía toman la semilla negra del Shansy en el cuenco de la mano para sentir la sensación de volar y se ensangrientan al caer por los barrancos.

III

Colombia

TERTULIA EN BOGOTA

A la residencia de "Santa Fe", en la ciudad de Bogotá, han venido a vernos muchos poetas colombianos.

Colombia es, desde antiguo, la ciudad de la poesía. Ellos mismos, con gran sentido del humor, hacen burlas y cuentan la anécdota del bogotano poeta, quien encontrándose en la calle con otro hijo de las "musas", le amenaza con su revolver lírico:

—Si me lees, te leo.

Verdaderamente hablan con precisión, con justeza, el castellano. Los choferes de "taxi" os dicen que han sido pretéridos.

Desde su fundación, Colombia se ha ufanado y envanecido de su tradición intelectual.

Nuestro conquistador Ximénez de Quesada —me dicen—, fundador de Santa Fe, a orillas del río Bogotá, era un erudito, un humanista.

Evidentemente, fue el más culto de los conquistadores. La mayoría de ellos eran hombres poco letrados. Lo cual no es un grave inconveniente, porque muchas veces no hay nada más culto y civilizado que la acción. Antes de nuestra guerra he conocido a hombres finísimos que tenían retratados los más pequeños detalles de unos capiteles, quie-

nes después de pronunciar un discurso imprudente vieron arder cientos de iglesias con miles de capiteles. Y, en cambio, a escuadrones de caballería que, con su sola presencia, resguardaron tesoros de cultura y de arte.

Pizarro, según parece, no sabía leer ni escribir. Sin embargo, en Perú, en la inmensa Bolivia, se habla castellano y "se reza a Jesucristo" gracias a él.

Existe la tradición de que Atahualpa (con quien jugaba al ajedrez después de haberle hecho prisionero en Cajamarca) se hizo escribir, por un español que le guardaba la palabra "Dios" en la uña del dedo pulgar. Y comprobó, con asombro, que todos a quienes mostraba su uña, sin ponerse de acuerdo, le repetían la palabra mágica. Era el asombroso milagro de la lectura, del alfabeto, que ata con sus débiles rasgos, con sus lazadas impalpables, a algo tan inaprehensible como es la idea.

Por eso los indios peruanos llamaron a las cartas "los papeles que hablan", y se las acercaban al oído, esperando percibir un rumor de ideas, como el de las caracolas marinas que tienen dentro el ruido del océano.

Pizarro era de los pocos capitanes que no pudo leer aquellos misteriosos parlantes. Atahualpa no ocultó su desdén hacia él, lo que fomentó —dicen— el rencor en el corazón del heroico extremeño.

No soy erudito y no sé cuanta verdad encierran estas hablillas del siglo XVI, que todavía se repiten entre los taxis de Bogotá o de Lima, como si hubieran aparecido en la "última hora" del periódico.

En Lima, en su Ayuntamiento, me mostraron el acta de su fundación con el nombre de la "Ciudad de los Reyes" (porque se fundó el día de los Reyes Magos), y hay en ella dos firmas de don Francisco Pizarro tejía una rúbrica enrevesada, con un cestillo gitano, con florituras en los extremos, y dentro de aquellos arabescos caligráficos, en un hueco blanco, su secretario escribía el nombre del Conquistador.

Pero en una de las firmas, sin duda, no estuvo presente el secretario, y allí quedó la rúbrica sin el nombre, como una rama sin nido.

De Ximénez de Quesada se va a editar, en Colombia, uno de los más curiosos de sus libros. Ayer he visto su tumba en esta catedral de Bogotá, tan parecida a la de Lima, pero con torres más macizas.

Los santafecinos se enorgullecen de una frase de Bolívar, quien dijo que Caracas era un cuartel, Quito un convento y Bogotá una Universidad.

En Bogotá hay calles y salones y plazas, con horas antiguas y serenas. Y miradores de madera para que las muchachas borden, entusiasmadas en sus sueños. Y grandes balcones, que anuncian recónditas alcobas, con espejos y muebles enfundados.

De pronto, el zarpazo de la revolución, el "bogotazo", que dejó su huella de incendio; solares con cascotes y muros amoratados y manzanas de casas por el suelo; restos del fuego, del saqueo y de la sangre.

La muerte de Gaitán preludió todo aquello. Era liberal, pero difícil de definir. Parece ser que era un nacionalista con ideología de izquierdas. En todo caso es un muerto que todavía vive; un muerto sin cementerio y sin reposo. Está enterrado en el comedor de su casa.

Pasead por la calle Séptima; la acera queda cortada por unas cadenas. Semeja un puesto para venta de flores; ramilletes, pétalos caídos y alguna luz, y el retrato, a todo color, del muerto. Todo junto a una tienda de fotografías. Parece que acaba de suceder el asesinato.

—Aquí cayó —me dicen.

La acera se ha convertido en lápida.

Pasan los campesinos con blancas ruanas (¿de rúa, calle?). Son unos pequeños ponchos que se meten por la cabeza, mucho más cortos que los argentinos, y aun que los irisados de los "huasos" chilenos.

En los cafés, el chocar marfileño de las bolas del billar. Bogotá es una ciudad para tertulias; para interminables y deliciosas charlas con amigos, esperando el verde fresco de la madrugada.

Hemos dicho versos y los hemos oído por tods partes.

Una veces declamamos en la barra de un bar; otras, en un típico restaurante, ante un buen "tamal", o ese delicioso pez llamado "capaz" del Magdalena, o un incendiario "ajiaco de pollo".

¡Oh "sancocho" de gallina con plátano verde, inolvidables papas "chorreadas sobre barriga", regadas con versos de Valencia o de Barba Jacob, con poemas de todos los "piedra-cielistas" o "cuadernícolas" de la culta y universitaria Santa Fe!

Hay días que estamos tan lúbricos, tan lúbricos
que nos depara, en vano, su carne la mujer...

Una ovación. ¿Al verso? No, es que ha entrado, majestuoso, como un barco, el humeante "cuchuco", la sopa de maíz con espinazo de marrano

Con espinazo de conservador —dice, burlesco, un liberal.

Y los conservadores ríen liberalmente.

Y también las tertulias acogedoras del finísimo poeta Eduardo Carranza en la Biblioteca Nacional, con sus ventanales que aprisionan, como un buen lente fotográfico, las imponentes montañas y su Cristo sangriento. Y uno de estos globos terráqueos que nuestro Villarroel (el astrólogo que predijo la muerte de Luis XVI) denominó "libro redondo".

A veces, en medio de esos poemas, sonaba el "tiple", la guitarra colombiana.

¡Qué pena tendría ese pobre
Que anoche en el callejón
Iba llorando y cantando
¡Hijo de tal, corazón!
La india se fue con otro,
Y él, al verse sin compaña
Llamó al perro, quemó el rancho
y se echó el "tiple" a la espalda.

Y el final, patético, con los últimos licores y ya el temblor de la madrugada:

El tiple quedó en la orilla,
El perro late que late,
Y abajo, en el remolino,
Un jipi y un alpargate.

¡Un "jipi" flotando y un alpargate! (alpargate y no alpargata, dice Cervantes en Rinconete y Cortadillo), como resumen de un hombre desesperado.

Ahora declama Eduardo Carranza:

Teresa, en cuya frente el día empieza.

Es un bellísimo poema.

¡Teresa —observa Panero— rima con empieza porque no has pronunciado la *c*, de Eduardo.

Pero ese reproche es injusto en América. Porque desde Florida a Patagonia, la *c* ha muerto en este Continente. Mejor dicho, no ha nacido nunca. Esa letra es una de las pocas cosas que no embarcó en las carabelas.

Ya está amaneciendo. Se ve en el rosa de los vasos de "whisky".

IV

Cuba

MAÑANAS HABANERAS

¡Qué alegre es la mañana de La Habana! El mar está añil bajo la fortaleza del Morro. Se riza de espuma y salpica, llenando de charcos el Malecón. Y hay un olor a sal fresca.

"Ese barco viene de Miami".

Pasa el heladero de Hatuey, con su carrito cascabeleante de timbres; su coco helado es la única nieve de La Habana.

¡Qué placer éste de sentarse en el alto tronco de los limpiabotas y recibir el vaho, fresco de tinta, de los periódicos matutinos, el *Diario de la Marina* o *Alerta,* mientras nos descansan, lustrándonos, los zapatos. La mano del negro se confunde con el betún. Este acto de sentarse en el alto tronco, con un hombre a nuestros pies, es el único feudalismo de una democracia.

En el restaurante "Miami" están frescas, abiertas, todas las frutas tropicales. Cuba hace los más deliciosos helados y exprime las más dulces frutas.

Aquí están el "caimito", de entraña morada, de una rosa violeta. Y el "anón", verde, con un interior de crema, resonante de semillas. Y el "mamey", que en Oriente se llama "zapote", de cáscara color de tierra y carne roja. Y la "piña", con sus escamas de reptil y sus penachos de indios en la mañana del Descubrimiento. Y los "plátanos", verdes, que se van madurando en el cristal del escaparate. Y la "frita bomba", cuya pulpa es de color naranja y que ha perdido su primitivo nombre de "papaya", porque con él se hacía una alusión procaz. Y el "coco", pelado como una cabeza de mono, con su azucarada agua azul. Y la "guanábana", verde, con puntas y su carne refrescante y suavísima. Y tantas otras. Y pronto vendrán el "mango" y la "chirimoya".

Las máquinas exprimidoras están estrujando el Trópico; trituran las semillas y la piel, donde están las vitaminas. Un jugo dorado. Y otro blanco. Y ese zumo azucarado. Se pierden las formas carnosas, sensuales, redondas, de bodegón, pero se salvan las esencias y los perfumes. Y el zumo se levanta, resucitado, espumeante, en los batidos.

Muy de mañana se encienden los cigarros. Y el sol cae radiante sobre las palmeras de guano verde. ¿Quién ha dicho que el mundo es doloroso y triste la vida?

Cuba sabe reir y bailar. Goza de su minuto presente, sin preocupaciones:

Me gusta por la mañana
Después del café bebido,
Pasearme por la sabana
Con el tabaco encendido.

Algo queda en La Habana del Madrid antiguo y el de la Regencia: esos señores con sombrero de paja, como en las antiguas corridas de "Joselito"; figuras de Méndez Bringa. Y el liberalismo de los periódicos y tertulias. Y la abundancia de cigarros, como para tirarlos al ruedo.

Y algo resta también del Madrid del 14 de abril: Los exilados, que hablan de Prieto y dice don Diego al referirse a Martínez Barrios. Y alguna bandera tricolor, con el morado, en el salón de actos de algún olvidado centro regional.

Y los chicos jugando al "yoyo", como en las vísperas de la Revolución.

Las mujeres habaneras son maravillosas; de enormes ojos, como para recoger toda esa cantidad de sol que cae dorado, incesante, sobre la dulce isla.

Es cierto que se ha desdibujado la antigua criolla, blanca, lánguida, de piano de la península y "volante" de alegres caballos y de lacayos y caleseros negros. Esta muchacha se ha yanquizado. El "Country Club" y el cine son las dos armas de Norteamérica, más poderosas que su bomba de hidrógeno. Pero este americanismo es más aparente que real. ¡Figuraos que las divorciadas salen con señoras de compañía; con la antigua "carabina" de Xaudaró y del Real Cinema!

Las mulatas, de color café con leche o de hoja de tabaco, se visten con trajes chillones. Verde limón o rojo. Son flexibles, elásticas, alegres, y sostienen, sin timidez, la mirada de admiración o de amor de los hombres. Aquí, y a causa de ellas, debió de surgir la imagen, tan del siglo pasado, del "talle de palmera".

Al mediodía hay que ir al "Floridita", a beberse un "daiquirí" granizado, a base de ron, y a comerse un "cangrejo moro" de poderosas pinzas rojas, esmaltadas de un negro de asta de toro.

Tampoco está mal tomarse un helado en el malecón, mirando a los barcos:

Tres cosas tiene La Habana
Que no las tiene Madrid;
Son el Morro y la Cabaña
Y el ver los barcos venir.

Ahí es nada; en medio de un mundo convulso, doloroso, febril y enloquecido, este lujo supremo de "ver venir a los barcos".

Porque Cuba, como toda isla, está llena de alusión a los barcos, a los vapores, mejor dicho, aunque ya no echen humo y naveguen con nafta. ¡Vapores del siglo XIX, con emigrantes gallegos y asturianos, con la más poética de las emigraciones, la "emigración golondrina" para la zafra de la caña de azúcar!

Recordad el antiguo juego infantil de prendas: "De La Habana ha venido un barco cargado de..." Hasta que se agotaba la inicial, que en las últimas vueltas, angustiosas, se hacía poesía pura, aglomerando nombres absurdos y discordantes; cargado de "piñas", "princesas", "pontífices", "paquidermos".

Los vapores tendían tal puente entre Cuba y Galicia que una vez, preguntado el torero "El Gallo" dónde iba a torear aquel año, dio esta respuésta asombrosa: "Debuto en La Coruña, a la vera de La Habana".

Cuba sabrosa, de las dulces y radiantes mañanas; si las otras Repúblicas americanas fueron las hijas, tú fuiste la novia de España. Y cuando, por ley biológica te fuiste, la matrona Iberia —la de las monedas, los sellos, *La Gaceta* y las escuelas, del siglo pasado, con su alto busto, su corona mural, su león y su balanza— lloró más que por todo el resto de su antiguo poderío.

V

Méjico

UN MIGUEL ANGEL SIN DIOS

Diego de Rivera es un Miguel Angel sin Dios. En vez de Apóstoles ha pintado obreros; en lugar de nubes difusas, máquinas concretas. En la muralla de Detroit ha dejado su laica "Sagrada Familia", se llama "La Vacuna". Un niño robusto resplandeciente, sostenido por una blanca enfermera (con un incipiente halo científico sobre la cabeza), y al otro lado un médico, vacunando su brazo izquierdo. Rodean al niño un caballo, un buey, unos corderos navideños, de los cuales se saca el suero para la vacuna. Es todavía un resto de aquel progresismo del XIX que, atacando a la Iglesia, utilizaba todo su simbolismo y su lenguaje: "Misa del Trabajo", "Apóstol de la Revolución", "Comulgar con la Libertad", "Evangelio de la Democracia". Este Diego de Rivera que, según su mujer, Frida Kahlo, tiene "la cabeza asiática y los ojos saltones de los batracios; este niño-rana,

de piel blanco-verdosa, de animal acuático que duerme en posición fetal", es el realizador de la Capilla Sixtina del Marxismo; del Juicio Final de la tuerca y de la mano.

Una vez, en su elevado andamio, pintaba unas enormes manos de obrero cuando cayó desde lo alto, hiriéndose gravemente; los indios albañiles aseguraron que aquellas manos, pintadas por él, le habían empujado. También en un andamio, Miguel Angel, ante la observación crítica de un Cardenal, lo metió para siempre en su infierno pintado. ¡Cómo ha cambiado el signo de nuestra civilización!

De unas llamas teológicas, al mundo manual, neolítico.

Rivera ha sido saludado por sus discípulos (otra vez la vieja nomenclatura) como el "Giotto" del nuevo franciscanismo marxista.

Había empezado por el "puntillismo" en esa costa futurista, "daliniana", de Cataluña. Pero llegó a París cuando el "cubismo" rompía al Hombre y a las formas como un cristal contra el suelo y se veían a los puros elementos de la tierra con los ojos facetados de una mariposa o como pintados a través de un diente o un prisma. Se "retornaba al bloque", se hacía palpitante, caliente, a la geometría. Pero no era ese su destino, pronto se levantaría frente a la pintura individualista. Contra el caballete liberal, alzaría el andamio colectivista. Presentía un Renacimiento, pero no el griego —de "lívidas estatuas"—, sino indio y proletario. El pintor de Toledo y Chicharro del París de Cézanne y Picasso, iba a imitar a los pintores del Renacimiento italiano, que se descolgaban por agujeros de zarzas para resucitar los frescos nacarados y los rojos y negros estucos de Pompeya.

La Pompeya india está en el Yucatán. En ese fresco de "La Batalla de los Mayas contra los Toltecas", al lado del Frontón de Chichen-Itzá. Los frescos de Rivera serán una mezcla de los caballeros-tigres toltecas o tarascos, y de cartel revolucionario de las afueras, de solar con valla donde se prohibe fijar carteles o hacer cosas más sucias. Se ofrecerán corazones a Huchilobos —ensangrentado el brazo hasta el codo— en medio de manifestaciones obreras del Primero de Mayo. Proletarios de la piel, del brazo de los nuevos indios blancos: los obreros.

Su lema es socialismo y máquinas. Arte precolombino y del siglo XXI. Contra el barroco español y antieuropeo. La América bárbara, unida a los rascacielos y al Asia soviética. Como si Colón, cuando creyó que arribaba a Cipango y Catay, no se hubiera equivocado. Es decir, desde Moctezuma a Benito Juárez, saltándose tres siglos de Conquista cortesiana, de colonia, de virreyes, de campanas, de conventos, de Teología, de versos de Sor Juana Inés de la Cruz, de tertulias del XVIII. Y, sin embargo, este salto no lo ha podido realizar.

Antes de conocer sus frescos odiosos y geniales, llenos de brutalidad y de vida, de agresividad y expresión, hubiera escrito de él que todo aquello podría servir como ilustración a un libro titulado "La leyenda negra", editado por una casa de Londres. Pero no es eso. Porque, ¡cuánta saña española hay en él!, ¡cuánta vehemencia ibérica ruge en sus pinceles!, ¡cuánto hay en él de hereje torturado, mordido por la conciencia!

Y es que frente a la España católica, gótica, monárquica, unitaria, corre, paralela, una España oriental protestante, de germanías y separatismos, mora, judía, rebelde, tribal, anarquista, enemiga y subsuelo de la otra.

España en América es irrevocable. Sin ella no hay Méjico, sino Anahuac.

Rivera no es un escéptico, ni un racionalista, ni un ateo, como pretende con cierta coquetería de satanismo. Cuando en su "Tarde de domingo de la Alameda", del hotel Prado, pinta ese carnaval, pariente de Solana, con monstruos, muñecones y máscaras, presididos por la horrenda y adornada calavera "Catrina", y pone entre las manos del "Nigromante" su cartel, "Dios no existe", no es un incrédulo, es un blasfemo. No tiene nada que ver con Voltaire, ni con los enciclopedistas. Está más cerca de aquellos anarquistas —no incrédulos, sino creyentes al revés— que el año 36 gastaron gasolina y balas para fusilar al Sagrado Corazón del Cerro de los Angeles; o de los campesinos de las afueras de Madrid que cortaron —con una lluvia de serrín— el San Miguel Arcángel de su ermita para pasear en andas, procesionalmente, por sus campos de mulas, al verdidorado dragón que estaba a sus pies.

Diego de Rivera es el pintor de ese Méjico apasionante y misterioso que lleva dos sangres y arde con dos medulas y donde la Conquista está tan viva y vigente, que todos los días, en el alma de los mejicanos, luchan y mueren Cortés y Guatemoc. La tumba de Cortés, hasta hace poco, era secreta y sellada, y los Embajadores de España se transmitían la noticia de su lugar como si fuera un cifrado. En los periódicos parece que va a aparecer la noticia de la muerte de Moctezuma en la sección de sucesos. Y se emplea la palabra malinchismo (el nombre de la Malinche, la hermosa india amiga de Cortés), para indicar a los antipatriotas y colaboracionistas en el extranjero, con la misma actualidad con que en nuestros días se decía petenistas" a los partidarios del Gobierno de Vichy.

Cuando llegáis al hermoso palacio de Cortés, en Cuernavaca, si sois españoles, sentís la sensación, al ver los frescos sectarios y po-

derosos de Rivera, que han sido pintados la noche antes para molestaros.

Tanto aquí, como en el Palacio Nacional (que era la antigua mansión de Moctezuma), Rivera ha hecho el retrato del héroe de nuestro siglo: la masa. Es una multitud, un racimo, una salida de Estadium o "Metro", abigarrada y terrible, una confusión, un tropel, una huelga, una colisión de charreteras y de hombres, de uniformes y cuerpos desnudos; de batallas entre indios y españoles, en las cuales los caballeros de Cortés (más medievales de lo que realmente eran aquellos hombres ya tocados por el Renacimiento) combaten con "Caballeros-Tigres" o "Chacales", donde "Hombres-Jaguares", de horribles dentaduras, degüellan con cuchillos de piedra a armaduras huecas, de petos resplandecientes. Una Edad Media sobre un carnaval sangriento; guerreros de pálidos rosas y azules de los templos mayas, con máscaras de fieras entre negros terciopelos y manos exangües de "El Greco". Ceibas sobrecargadas de espías como frutos desnudos; árboles carnosos, desperezándose, humanos; fuegos de artillería como cactus vinosos; y sobre aquella marcarada de sangre, la grupa de algún blanco caballo de Boticcelli. Caballos feudales, entre caciques destrozados; espadas de Toledo en el entierro de la sardina; las corazas de los condenados por la Inquisición y las barbas rubias de Maximiliano y su descarga; el látigo y la hoguera; las bandas tricolores de Madero, de Carranza, de Porfirio Díaz; y el águila yanqui sobre Chapultepec; y la francesa huyendo con la corona imperial; y tuberías blancas, como venas, que llevan la moneda mísera de los indios depositada en Guadalupe, a los banquetes de los capitalistas, con champán y piernas de bailarinas, y las caras rapaces de Rockefeller, Ford y Morgan, y como un Dios Padre, benigno, la cabeza aleonada de Carlos Marx. Toda la Historia de Méjico revuelta, digerida, regurgitada como se lleva, difuso, el pasado en la sangre.

Este pintor de las llamadas "formas sociales de expresión" que, según Siqueiros trabaja "en las tapas anteriores a la consrucción de su propia catedral gótica", ha encontrado similitudes entre las toscas ruedas, las tuercas blandas, los ejes incipientes, las dínamos adivinadas, de los bajos relieves de Teotihuacán y de los templos yucatecos, y el esquema helado de los motores. Ha buscado la coyunda de esa premonición neolítica con la máquina, protagonista futura de la Historia y dueña del hombre técnico, del porvenir. "Vuestros ingenieros —les decía a los yanquis cuando fue a Detroit— son vuestros artistas. Por eso, más que con pinceles, pinta con pistolas de aire, con sopletes eléctricos, con proyectos, metiendo su propio andamio y sus herramientas dentro de la pintura. Sus murales son el canto al

overol, al obrero, arcángel de su cielo terrestre; al saldador, medio buzo con escafandra cuadriculada, vertiendo las joyas verdiazules de madrugada de sus rayos sobre el metal al rojo; a los soldados con máscaras de gas (que vuelven el morro y llevan la tráquea fuera), fusilando campesinos entre los camiones de verdes bananas, con bosques de pozos de petróleo; a los fuselajes; a los motores mutilados de hélices...

A veces Rivera se vuelve máquina él mismo y transforma sus ojos saltones en lente fotográfico, y ensancha, desmesuradas, las manos de su primera esposa, Lupe Marín, cruzadas ante sus rodillas, para fingir el primer plano, monstruoso, de los ojos sin lágrimas del cine.

Pintor de nuestro magnífico y feroz siglo XX, de lo feo hecho tapiz, de las masas culebreando, macizas, por la Plaza Roja de Moscú, entre soldados (a los que concede un leve toque bizantino), Diego de Rivera es el Miguel Angel de la materia, el retratista del espantoso hombre masa, sin cara, que se nos aproxima.

VI

Los sefarditas

LOS JUDIOS DE ESPAÑA

Los "Askenasi" son los judíos rubios, de pelo rojo, los judíos polacos, lituanos o alemanes, que hablan en "yidish" germánico, y gritan, desaforados, en sus sinagogas.

En ellos ha prendido con fuerza el "sionismo" predicado por Teodoro Herzl; es decir, la vuelta ilusionada a Jerusalén. Ellos quisieran reconstruir el Templo como "Zorobabel", restaurar el reino de David y continuar la historia interrumpida por dos mil años de dispersión.

Pero los verdaderos "sionistas", los que ahora se baten en la parte vieja de Jerusalén, son los judíos hijos del siglo XIX y del XX, racionalistas y laicos, que juegan al tenis y hacen toda clase de deportes; que han llenado a Tel-Aviv, la nueva Sión incrédula, de "cines", y "bares", "taxis" y piscinas. Son los judíos medio yanquis o franceses, republicanos y socialistas, que desprecian a los mendigos, abrasados de visiones bíblicas, que gimen ante el Muro de las Lamentaciones.

Los sefarditas, que habitan los Balcanes, son los menos sionistas de todos; porque han sustituído a Jerusalén por Toledo.

—En torno a Toledo —me dice Saúl Mezán— los judíos fundaron pueblos cuyos nombres les recordaban a los que están alrededor de Jerusalén; y así Escalona es Askalón.

España, a la que se llama "Sefar", es aludida en la Biblia, y el profeta Isaías habla de las minas de Tharsis a unos kilómetros de Huelva, con cuyo metal se hizo el "Mar de bronce", que apoyado sobre doce bueyes del mismo metal, estaba en el centro del primer Templo.

El rabino Hanavel vive cerca de la sinagoga principal de Sofía, construída según los planos de la del Tránsito, de Toledo. Y ved qué honradamente se enraiza España. En 1845, estos judíos, perdidos entre las nieves de Bulgaria, los Popes, los trineos y los búfalos, enviaron a un arquitecto a Toledo para que copiara la sinagoga de sus padres, cuya descripción, de boca en boca, había llegado hasta ellos a lo largo de las generaciones.

En la casa de Hanavel Sevilla hay pequeños tubos, como termómetros (para la fiebre religiosa), en el dintel de todas las puertas, con el nombre eterno y militar de "Saboat". Un biombo, con unas garzas bordadas entre juncos, y una estufa rusa de ladrillo esmaltado de verde, sobre cuyas repisa hay unas frutas secas y un pequeño candelabro de bronce.

—Muchos judíos —me dice el rabino— huyeron cuando entraron los Ejércitos de Babilonia. Y cerca de Zaragoza habitaba una familia de broncistas, llegada antes de la destrucción del primer Templo.

La mujer del rabino nos ha servido en el almuerzo "hoxaldres" y "arros con reienos".

—Les hemos de faser gostar —me dice sonriendo— un dulce de almendras que sirven los padres el día de la circuncisión de sus hixos; le llamamos masapán.

Me lo sirven con la corteza tostada, y con un sabor antiguo a Toledo y a confitura de la Edad Media.

Elías Roxanes —cuya casa da al río— tiene una mano gafa, engarfiada, como una garra. Se la cortó un turco Routchuk a Giurgio (el primer puerto rumano), sobre el Danubio helado.

Cuando estuvo en Esmirna se dirigió en nombre de la comunidad a los rabinos preguntando si eran ellos quienes debían de decidir sobre el empleo o modificaciones de palabras castellanas. Y le respondieron los rabinos: "¿A quién vais a acudir: a los sabios de Salamanca?" Porque a pesar de los siglos, en una ciudad perdida en el Asia Menor todavía se recordaba a la universitaria y dorada capital del Tormes.

Roxanes me enseña una llave herrumbrosa.

—Es la de nuestra casa de Toledo. Acaso todavía agora esté en pie.

Por todos los Balcanes, los judíos sefarditas han dado durante siglos las llaves de sus casas de España.

Roxanes, con su mano muerta, extiende unos amarillos papeles. Son las listas con los nombres de todos los enterrados en el cementerio hebreo de Toledo, copiados a la luz de las antorchas, en la noche tormentosa en que salió el decreto de expulsión.

—Salieron los trompeteros de los Reyes —dice entornando los ojos, como si lo estuviera viendo, mientras afuera nieva silenciosamente— con altas y argentadas trompetas disiendo que no podíamos ni portar ni oro, ni armas, ni cabalgaduras. Y nos fuimos por los ataxos e caminos, unos cayendo, otros nasciendo, otros muriendo. Ansí que no había cristiano que no se henchía de piedad dellos. E les proponía de se baptizar para quedarse. E algunos, los más flacos, cedían. Ma otros siguieron. Y ansi salieron de Sevilla, de Córdoba, de Castiella e de los otros reynos.

Estos judíos españoles dicen todavía "trocar" por cambiar; "mercar", por comprar; "chapeo", por sombrero, y en sus boticas venden "ungüentos e pomadas", y al joven escritor le llaman el "mancebo escribano", y a una bella muchacha, "una fermosa doncellica", como en el Romancero.

—Noestros refranes —afirma Roxanes— son los voestros. Y cuando gime una criatura, deximos "cállate, morisco prieto" (negro), porque con el esfuerzo del llanto se pone amoratado como los moros que vivieron con nosotros.

También dicen: "el diablo que te ayude y el sanpablo"; así, seguido y con minúscula, porque ya han perdido la significación del nombre del apóstol y es para ellos una palabra sin sentido. Y al muchacho travieso le gritan —con recuerdo de la Inquisición—: "vate al quemadero".

—¿Guardan mucha ojeriza a los Reyes Católicos? —bromeo con el sobrino de Roxanes cuando vamos sobre la nieve camino de la Sinagoga.

—¡Figúrese!; expulsarnos el mismo año del descubrimiento de América. Con nosotros allí, el "Commonwealth" sería español.

En la Sinagoga es un rito matemático, geométrico, con los números de las Tablas de la ley, triángulo, y el candelabro de los siete brazos, porque ese es el número cabalístico. Entre mármoles espejeantes, verdes y blancos, los pergaminos del "Pentateuco", envueltos en terciopelo de viejos granates con los caballos de afiligranada plata.

Leían en sus gruesos libros, de derecha a izquierda, sus extraños

caracteres hebreos bajo los cuales se ocultaban las palabras españolas. Y era curioso sentir a las gentiles palabras de Castilla disfrazadas con las severas túnicas del alfabeto de la Biblia. Y de pronto, claman los hombres: "Elexia por la salidura de la España".

"Vide al Rey de Castiella que su cerebro es duro y truxo el captiverio de Sevilla e Murcia e Toledo, e ansí nos arroxó dunque, de aquellas tierras biendichas, que eran como un paradiso del Dio en la tierra."

Y arriba cantan las mujeres:

"Noestro Dios, ¿por qué nos arroxaste de la España?"

Y dicen los hombres, en nombre del Señor:

"Mis hixos; peleatis contra Mí. Os di órdenes, mas no acatéis a Mis mandados. Por eso os arroxé."

Y gimen las mujeres desde el frío de las altas galerías:

"Y si nos pequimos, ¿onde están tus plaseres? Y si con rabia nos exilaste, dinos, ¿en qué pecaron noestros hixos?"

En el corazón de los sefarditas no tuvo mucho eco el grito sionista de Teodoro Herzl. Porque ellos miran todavía a Toledo.

—Estábamos allí —dice Roxanes con la nevisca en las solapas de piel de su abrigo— desde los tiempos de Nabuconodosor. De modo —afirma con dialéctica de judaizante ante un cristiano viejo— que nosotros, los sefarditas, no somos responsables de la muerte de Cristo.